

## ESTOY EN LA CÁRCEL

---

En la cárcel estoy. ¡Dios de mis padres!  
Desde este calabozo te bendigo.  
*Ellos* me dañan, luego soy tu amigo.  
¡Vuelve, oh Señor, tu vista á mi prisión!...  
¡Ah! pero no estoy solo; cerca escucho  
Ese grito maniático, irritado,  
Que el crimen lanza; al crimen asociado  
Estoy, al *asesino* y al *ladrón*!

¡Bien!... si, ¡muy bien! acaso Torres, Pombo,  
También estos lugares habitaron,  
Y sus oídos castos insultaron  
Las risas del sarcasmo criminal...  
Por ventura sufrieron cual yo sufro,  
Y asaltaba su oído este anatema,  
Esta voz del delito, voz blasfema,  
Que cunde por el aire sepulcral...

Pero no; me equivoco : no podía  
Llegar á tanto el orgulloso Ibero :  
Morillo fué valiente, fué guerrero,  
No tuvo la vileza del reptil ;  
Morillo arcabuceaba noblemente,  
Ante el brillante sol del meridiano ;

Morillo pudo y supo ser *tirano*,  
Pero no pudo, ni alcanzó á ser *vil*.

¡Oh de las almas vasto lazareto,  
Do la virtud se ofrece en sacrificio,  
En las aras sacrilegas del vicio,  
Abusando del nombre de la ley !  
¿Qué hago yo *aquí*? Yo *aquí* soy tan extraño  
Como el honor en el febril bufete  
Donde López, estúpido juguete,  
Teme en Obando á su amo y á su rey...

¡Y nos llaman *iguales*!... Este cancro  
Que ara en mi mente con su ardor contino,  
¿Siéntelo por ventura el asesino,  
Monarca de la lóbrega prisión?  
Él, que no tiene honor, se goza y ríe  
De la palabra que estremece mi alma ;  
Él goza ; yo agonizo ; él oye en calma  
Lo que hiela mi pobre corazón.

Su ser bastardo ante el tirano inclina :  
Se queja... ¡de hambre! y oye indiferente  
Que le llamen infame y delincuente,  
Siempre que un pan arrojen á sus pies.  
Y á mí, entre tanto, me parece horrible  
Pasar este alimento solitario : —  
Sólo el tigre insociable y sanguinario  
Grüñe, y devora la apresada res.

Otro se afecta por la muerte amiga,  
Que yo prefiero á su blasfemo acento ;

Éste me envidia acaso en mi tormento,  
 Que no comprende y me consume á mí...  
 ¡Oh! ¡mil veces la multa, mil la muerte,  
 La hambre que agobia y esa sed que irrita,  
 Y no un instante esa prisión maldita,  
 Que es el infierno la existencia aquí...!

¡Apartad esos niños inocentes!  
 ¡Quitadlos sí, porque me son queridos,  
 Y no quiero que llegue á sus oídos  
 Algún bárbaro acento de impiedad!  
 Y vosotras, señoras, cuya planta  
 Ágil se mueve hacia la casa impura,  
 No profanéis, por Dios, vuestra hermosura :  
 ¡Evitad este abismo de maldad!

El hospital, donde el guerrero herido  
 Yace y se agita en funerario lecho,  
 ¡Oh! allí la mujer tiene derecho  
 De aliviar el humano padecer ;  
 Porque ese asilo do agoniza el pobre,  
 Vueltos á Dios, su bienhechor, los ojos,  
 Es la puerta del cielo, que de hinojos  
 El ángel guarda y honra la mujer ;

Mas la prisión, donde de Dios blasfema  
 El criminal infame empedernido,  
 Tan sólo ofende vuestro casto oído,  
 Sin atenuar en nada mi pesar.  
 ¡Huid! ¡huid! Señoras compasivas,  
 Éste no es el lugar de la inocencia :  
 Partid, y recordad en vuestra ausencia,  
 Que yo *no debo* en este infierno estar...

¡Mi bien, mi amor, mi angelical Sofia,  
 Adorno de mi casa y de mi nombre!  
 La flecha, huyendo de mi pecho de hombre,  
 Va de rechazo, á herir tu corazón...  
 Y te hieren á ti... ¿Qué mal les hace  
 El triste llanto que tu rostro baña?  
 ¿Á quién le causa pena, á quién le daña  
 La arma de la mujer, que es la oración?

Oh tú, Matilde, madre generosa,  
 Cuya virtud el mundo ha respetado,  
 ¡Sal — parte — huye! el aire está infectado  
 Y mal te sienta el respirar aquí.  
 ¡Presto huye! arranca esta infeliz esposa,  
 ¡Ay! y arranca estos hijos de mi seno,  
 No sea que absorban el letal veneno  
 Que me circunda y me consume á mí.

¡Oh madre! ¡madre, cuyo nombre puro  
 Ha respetado hasta la envidia impía,  
 Deja que apure el cáliz de agonía  
 Y me haga digno de deberte el ser!  
 Yo sólo aspiro, madre, á ser tu hijo,  
 Á amar la libertad que tú has amado,  
 Á adorar la virtud que has adorado,  
 Y de hijo tuyo el nombre merecer.

Bendice, madre, sin cesar, bendice,  
 Dile á mi tierna y á mi casta amiga,  
 Que del Señor la voluntad bendiga,  
 Ya que quiso probarme en su crisol,  
 El crisol del tormento, donde puso  
 La majestad inmensa, soberana,

Del que fundó la libertad humana —  
¡Hermano nuestro y regidor del Sol!

Y único Sol de la esperanza nuestra,  
Como Dios grande, más que el hombre humilde,  
Que adoras tú de hinojos, oh Matilde,  
Humillando tu frente ante su cruz...  
Cuando tu forma ante esa cruz se inclina,  
Cuando tu labio por los hombres ruega,  
Tu súplica piadosa al trono llega  
Donde se sienta el Padre de la luz :

El ángel que te guarda se sonríe,  
Recoge tus palabras, tiende el vuelo,  
Llega, y postrado en el sublime cielo,  
Las pone al pie del trono del Señor. —  
Pídele, pues, que á nuestra Patria salve,  
Con esa voz de caridad ardiente ;  
Que Dios escucha la oración ferviente  
Con que defiende el justo al pecador.

. . . . .  
. . . . .

Anochece : el adusto carcelero  
Á otra región solicito me lleva :  
Se abre á mis ojos una reja nueva ;  
Por fuerza extraña conducido voy :  
Luego, sobre sus goznes rechinando,  
Pesa, revuelve la mohosa puerta,  
Y adentro queda mi palabra muerta,  
Y en otra tierra, en otro clima estoy.

Los insectos inmundos se apoderan  
De mí, y en torno la muralla brota,  
Con monótono ruido, gota á gota,  
La agua letal de que impregnada está...  
Mis *humanos* guardianes me han privado  
Hasta del triste y necesario abrigo ;  
Mas tengo lumbre, y el papel amigo,  
Que á recibir mi pensamiento va ;

Y tengo lo que pocos hombres tienen,  
Si, tengo á aquél que, en mi temprana infancia,  
Me arrancó del poder de la ignorancia,  
Ayudando á formar mi corazón ;  
Al que fué mi maestro, y es mi amigo —  
Amigo cual ninguno — tengo á LUNA,  
Estoico vencedor de la fortuna,  
Que logró, por favor, esta prisión...

¿ Quiénes son estos hombres, que así miran  
Melancólicamente al que ha venido ?  
Cada cual, de mis males condolido,  
Me lanza una mirada de amistad ;  
Sirveme atento, respetuoso ; y guarda,  
Cuando escribo, silencio ; y aun me obliga  
Á que reciba de su mano amiga  
Una prueba de afecto ó de piedad.

¿ Sus delitos ? — ¡ Señor, mejor lo sabes !  
Fué la inocencia su único pecado  
Quizá, ó algún infame magistrado  
Sació en ellos, sin causa, su rencor.  
¡ Tal es nuestra *igualdad* ! ¡ Por fuera canta,  
En arresto mentido el delincuente,

Y adentro sufre y calla el inocente!...  
¿Por daño estoy *aquí*? — lo tengo á honor.

Búrlese allá el ladrón privilegiado,  
Y sirva impune á depravado intento,  
Siendo acaso mortífero instrumento  
De venganza, en tus calles, Popayán.  
No hay que temer aquí del rematado,  
Sino del Juez algún *mandato expreso*;  
Ni escandaliza el desgraciado preso,  
Ni arredra la prisión, sino el guardián.

¡Oh Patria! ¡Patria! ¡por doquiera miro  
Enseñoreado el erimen de tu suelo!  
¿Son éstos ¡ay! los frutos del desvelo  
Del genio, de la ciencia y la virtud?  
¿Nuestros Padres apenas consiguieron,  
Después de tanto esfuerzo sobrehumano,  
Variar el nombre del feroz tirano,  
Dejándonos en peor esclavitud?

¡Dios y Señor del mundo, cuya diestra  
Vertió sobre mi Patria la abundancia!  
¡En alas del delito y la ignorancia,  
Llega el hambre á tu tierra de Canán!  
Y los hijos del crimen, derramados  
Sobre tu paraíso, en el estrago  
Se gozan; y tu pueblo errante y vago  
Tiembla ante el hijo réprobo de Can.

Donde antes hubo flores, hay abrojos:  
Esos del Cauca destronados reyes,

Como olvidados de tus santas leyes,  
Destruyen ¡ay! su propia libertad;  
Y dejan, por Obando, el corvo arado,  
Para que espinas nuestra tierra brote;  
¡Y no lo ven, y Obando es el azote  
Con que castigas, Dios, su iniquidad!

¿Qué es Cali? — El patrimonio de asesinos,  
Que profanan con lúbricos abrazos  
Nuestras madres, ó arrancan á fuetazos  
La hija á su padre, al hombre su mujer.  
¿Qué es Palmira! — La herencia de villanos,  
Que en sus delitos el tirano ampara,  
Y pasean en báquica algazara,  
El estupro y el robo por doquier.

¿Y qué eres tú, comarca pintoresca,  
Que diste al gran Cabal su noble vida?  
¿Y qué eres tú por fin, Patria querida,  
Cuna de Torres, noble Popayán?  
Reunión de esclavos viles y cobardes,  
Que temblamos de un monstruo corrompido,  
Y del flexible látigo al chasquido  
Doblamos la rodilla ante el Sultán.

¡Y el *Gran Señor*, que nuestras hijas vende,  
Ó á sus siervos en premio las regala,  
Su tibio aliento sobre el trono exhala  
Meciéndose en estúpida embriaguez!  
¡Los esbirros de López el Tirano,  
Que él premia, que él excita, que él consiente,  
Besan á nuestras hijas libremente,  
Y nosotros temblamos á sus pies!

¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡que no es delirio,  
Azotando al anciano octogenario,  
Después de arder el chozo, necesario  
Á su achacosa y trémula vejez!  
¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡Á Hernández hieren,  
Sorprenden á la virgen casta y pura,  
Y entre risas contemplan su hermosura,  
Azotando su horrible desnudez!

¡Vedlos! ¡Entre las sombras de la noche  
La villa asaltan, rompen las prisiones,  
Y libran á sus *bravos* campeones  
Que un juez osado se atrevió á prender!  
Y el aire atruenan con sus armas roncadas,  
« ¡Viva el Gobierno! » sin cesar gritando...  
¡Y aquéllos son de los que estáis temblando,  
Que vencen entre ciento á una mujer!

Aquéllos son el *Pueblo Granadino*,  
Que respeta, que implora el magistrado,  
Los que tienen las armas del Estado,  
Señores del gobierno y la Nación :  
¡Ésos son nuestros amos! los potentes  
Dominadores de la vasta tierra,  
Cuyo fuste flexible nos aterra —  
¡Los Anicetos del novel Nerón!...

¡Oh! ¡que pudiera yo tender el brazo,  
Saliendo de esta cárcel triste y fría,  
Sobre el tirano de la Patria mía,  
Y pecho á pecho batallar con él!  
Entonces viera el socialista infame

Si son nuestras esposas baratijas,  
Ó impúdicas rameras nuestras hijas,  
Ó nuestra patria su infernal burdel;

Entonces viera el socialista, viera  
Si á su mano, al garrote acostumbrada,  
Le luce tanto el puño de una espada,  
Como le luce una orden de prisión;  
Y el *grande vencedor de las mujeres*,  
Pie con pie, frente á frente, mano á mano,  
Quizá hallara el papel de Coriolano  
Menos cómodo *asuz* que el de Nerón;

De ese Nerón hipócrita y bastardo,  
Que su mirada de lascivia pudo  
En el cadáver pálido y desnudo  
De su difunta madre deleitar,  
Cual deleita sus ojos, inyectados  
De sangre y de venganza, aquel malvado  
Que de la Patria el cuerpo desgarrado  
Á sus plantas se goza en contemplar.

. . . . .

Duerme el león en la escarpada Pasto  
Tranquilamente, de su selva dueño :  
¡Ay del que turbe su imponente sueño,  
Que de sus garras victima será!  
Y cabe el Cauca noble y caudaloso,  
Del león el cachorro juguetea,  
Prueba sus fuerzas, y el rugir desea  
Con que el padre á la lid le llamará...

¡ Sur ! ¡ cuna de valientes ! ¡ has oído  
 El látigo zumbar, y no despiertas !  
 ¡ Leones ! ¡ tenéis á vuestras hembras muertas,  
 Y aun halláis en dormir seguridad !  
 ¡ Qué ! ¿ No basta esto ? — ¡ Y en la jaula indigna  
 Columpiaréis los miembros mansamente !  
 ¡ Y de la noble y orgullosa frente  
 Rendiréis, sin lidiar, la majestad !...

Al yugo paternal nos sustrajimos,  
 Y á ser hombres y libres aspiramos,  
 Y por no ser esclavos, quebrantamos  
 Á sangre y fuego la cadena vil.  
 Y hoy una nueva aristocracia impera :  
 Se jacta el crimen de su cetro regio.  
 ¡ Y tiene sólo el crimen privilegio  
 De imponernos su ley con el fusil !

Arrojamos un rey de nuestras playas,  
 Á cuyas plantas se postraba el mundo ;  
 El genio de Bolívar sin segundo,  
 Indigno de mandar nos pareció.  
 Y López hoy, Dulcey, Guáinas, Obando,  
 Hacen causa común con los esclavos,  
 É impunes vejan á los mismos bravos  
 Que el genio de Bolívar respetó.

Pero no reinarán, que el mal se gasta —  
 Y cesará su bárbaro recreo : —  
 Tendrá Israel al fin su Macabeo ;  
 Tendrán los Holofernes su Judit.  
 ¡ No hay más Señor que Dios ! — ¡ Él nos asista !

¡ No hay más Señor que Dios ! — ¡ con Él vivamos ?  
 ¡ No hay más Señor que Dios ! — ¡ en Él conflamos !  
 Con Dios — por Dios — de Dios — será la lid.

¡ López ! *Yo os acusé de tiranía :*  
 Para probar al mundo lo contrario,  
 Buscáis un juez infame y mercenario,  
 Que una prisión á mi inocencia dé :  
 Así Nerón, para probar al mundo  
 Que no es de Roma el destructor aleve,  
 En los cristianos cuya sangre bebe,  
 Los incendiarios de su patria ve.

¡ Oh ! tenedme encerrado, y ciego y mudo.  
 No permitáis que ande, mire, ni hable ;  
 En este estado triste y miserable,  
 Prueba elocuente de mi dicho soy ;  
 Esa sentencia que mis brazos ata,  
 Esa sentencia que de hablar me priva,  
 No impide, no, que el pensamiento viva  
 Y salve el muro do encerrado estoy.

Aquellas rejas que á la luz se oponen,  
 Del humano poder vanos ensayos,  
 Podrán del Sol interceptar los rayos,  
 Pero eclipsar mi pensamiento — no.  
 Aquí tenéis mi cuerpo flaco, enfermo,  
 Y sometido á vuestro férreo yugo :  
 ¡ Herid ! ¡ Herid ! ¡ gozad ! ¡ gozad ! verdugo ;  
 Eso que estáis hiriendo no soy yo.

Yo no estoy *todo* aquí : yo tengo un alma,  
 Que no se agobia ante el poder humano,

Y que se burla del esfuerzo vano  
 Con que queréis matar su libertad :  
 Un alma libre, invulnerable, osada,  
 Que anda de clima en clima libremente,  
 Que sólo de su Dios omnipotente  
 Invoca la justicia y la piedad,

Ella tiene sus alas, ella salva  
 Guardián, y reja, y calabozo, y muro,  
 Y el pensamiento, sin temer, seguro,  
 Á otra región sobre esas alas va.  
 ¿Qué me importan los grillos, las cadenas,  
 Los tormentos del bárbaro impotente ?  
 Nada de eso deshonra al inocente ;  
 Infamia eterna á sus tiranos da.

¡ Persecución ! ¡ Persecución bendita !  
 Á Sócrates le diste tu cicuta,  
 Y abriste á los Apóstoles la ruta  
 Por do se llega al trono del Señor.  
 ¡ Persecución ! ¡ Persecución ! ¡ no vayas  
 Á olvidar á tu víctima escogida !  
 ¡ Sigue amargando mi angustiada vida,  
 Mientras haya en mi Patria un opresor !

Haz que se cumpla, *para el bien de todos,*  
 En mí solo la triste profecía ;  
 ¡ Que me degüellen, y la sangre mía  
 Ahogue al tirano y su poder fatal !  
 Ya me han predicho que á la cárcel vengo  
 Para morir ; abierto está el camino :  
 No esquivaré mi pecho al asesino  
 Que festeje en mi sangre su puñal.

No quise huir, que la sentencia infame  
 Siempre es sentencia, y mi deber me ordena  
 Someterme al tormento, á la cadena  
 Cuando haya un Juez que lo disponga así.  
 Ante tu bien, ¡ oh Patria de mis hijos !  
 Yo doblo humilde la marchita frente ;  
 Limpio de mancha estoy : soy inocente ;  
 Me siento digno de sufrir por ti.

No tanto como aquel que vió en el padre  
 Su sacrificador, cuando inocente  
 Puso en su Dios los ojos reverente,  
 Y esperó humilde el golpe de Abrahán ;  
 No tanto como el tierno corderillo  
 Blanco, que al año, en Israel moría :  
 Esos eran de Dios : no, Patria mía,  
 No tan puras tus víctimas serán.

Dios, sólo Dios merece que en sus aras  
 Muera, á manos del recio carnicero,  
 Ese manso profético cordero  
 Que lame el hierro que le va á matar.  
 ¡ Patria ! Tú no eres Dios, y no mereces  
 Lo que se debe á Dios : eres su hechura ;  
 Tú mereces amor de la criatura,  
 Pero sólo el Creador merece altar.

¡ Patria ! Por *ti* sacrificarse deben  
 Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,  
 Todo, aun los hijos, la mujer, la madre,  
 Y cuanto Dios en su bondad nos dé.  
 Todo, porque eres más que todo, menos

Del Señor Dios la herencia justa y rica : —  
Hasta su honor el hombre sacrifica  
Por la Patria — y la Patria por la Fe.

¡ Guardemos nuestra Fe! Grande es el mundo,  
Y si nos falta tierra en que vivamos,  
No ha de faltarnos tierra en que muramos —  
Unas pocas pulgadas bastarán.  
Y — ¡ adiós, tiranos! — ¿ Quién podrá arrancarnos  
Ya nuestra libertad y nuestra vida?  
¿ Quién echar de su Tierra prometida,  
Al que guardó tu ley, Dios de Abrahán?  
. . . . .  
. . . . .

Y tú, juez tremebundo, ¡ escucha! ¡ escucha!  
Ama el tigre á su hembra; el gallo ufano  
Da á su gallina el encontrado grano;  
Cuida á su yegua el infeliz rocin :  
Son más nobles que tú. Tú al ver la reina  
De la creación, la muerte ya respiras,  
Y á los ministros, mandas, de tus iras :  
« ¡ Lanza sin distinción, fuego sin fin! »

Si, recuérdalo bien, y no nos niegues  
Lo que oímos, y vieron nuestros ojos...  
Oh tú, baldón aun de los mismos rojos,  
¿ Tú también sin castigo quedarás?  
El que afrenta al valiente que ha vencido  
En mil batallas, y matar le ordena  
Á una ¡ mujer! ¿ no tiene una cadena?  
¿ Sin jaula y libre y sin castigo estás?

Si te obedece el noble veterano,  
Y hubieses conseguido *tu* victoria,  
Grande fuera *tu* honor, mayor *tu* gloria,  
De asesinar al tímido escuadrón.  
Uno, dos, ó trescientos cuerpos menos  
¿ Qué le importan á tu amo ni á tu estrella?  
Anciana y joven, y virtuosa y bella,  
¡ Siempre *solemnizaban tu función!*

La mirada inocente, la mejilla  
De nieve y rosas que el valor respeta,  
Embotan sable y lanza y bayoneta,  
Apagan el mortífero fusil;  
La muerte misma se rebela y teme  
Ante aquella legión célica y pura :  
Sólo en ti cabe, ¡ oh Juez! esa alma dura,  
Que te hace tan *valientemente* vil.

¡ Oh impasible! ¡ oh imparcial! ¡ oh denodado!  
¡ En cuyas manos baila la justicia,  
Siempre hostil al honor, siempre propicia  
Al crimen, ó al que crimen *puede* ser!  
¡ Eres un Escipión, un Fabio, un Bruto!  
Eres capaz, con treinta batallones,  
Y cien mil bayonetas y cañones  
De arcabucear, temblando... ¡ á una *mujer!*

¡ Oh Juez! ¡ oh Juez! electo con tu voto,  
Para manchar de la justicia el ara,  
Aquí escribo tu nombre en letra clara,  
Y si mis versos viven, vivirás.  
DOCTOR MIGUEL VALENCIA — ése es tu nombre.



Deja, MIGUEL VALENCIA, que te llame,  
Y el futuro maldiga al Juez infame  
Que quiso ser verdugo — y nada más.

POPAYÁN, 7 de marzo de 1851.

## AL CONGRESO GRANADINO

Do quiera se reúnen mis nobles compatriotas,  
Do quiera bulle el genio ardiente de Granada,  
La libertad germina, la libertad amada,  
Que en mil combates fieros supimos conquistar.  
No soy de los que piensan que una reunión de ilotas,  
Baldón de nuestra Patria, se encuentre en su Congreso:  
Os reconozco libres, ¡oh Padres! ¡y por eso,  
Desde mi cárcel lóbrega os quiero saludar!

Yo sé que sabios, fuertes, al par que poderosos,  
Sabréis poner un dique al rápido torrente,  
De cuyas turbias ondas el ímpetu vehemente  
Arrastra, casi exánime, la ahogada libertad.  
¡Oh Padres! vuestros brazos, fornidos, valerosos,  
Á la defensa vengan del pueblo granadino,  
Y cambien, con un golpe, su rígido destino,  
Tornando á nuestras leyes su antigua majestad.

El código sagrado do están nuestros derechos,  
Guardemos cual se guarda el ángel en la cuna;  
Hagamos que se oponga tribuna á la tribuna,  
Mas no que á la tribuna se oponga la prisión.  
La fuerza á la palabra — á la razón los hechos,  
Oponen los tiranos al crimen avezados :